

PETER STRAUB

La cámara oscura



Willy Patrick, galardonada autora de libros infantiles y juveniles, está al borde de una crisis nerviosa. Figuras de su pasado han comenzado a aparecésele. La más aterradora es la de su única hija, Holly, a la que, impotente, oye gritar pidiendo auxilio tras la puerta cerrada de un almacén. Sin embargo, Holly sencillamente no puede estar ahí. Porque tanto la hija como el marido de Willy están muertos. Muy pronto, la escritora se ve obligada a huir de su casa al descubrir la posible implicación de su prometido actual en ambas muertes.

El escritor Tim Underhill, que se encuentra en plena campaña de promoción de su última novela, *Perdidos*, ha creído ver el fantasma de su hermana fallecida hace muchos años y está recibiendo en su ordenador extraños y angustiantes *e-mails* cuyos autores tienen en común pertenecer al pasado de Underhill y estar todos muertos. Sin embargo, lo que verdaderamente le ha aterrorizado ha sido darse cuenta de que Willy Patrick, a quien ha conocido recientemente, se parece demasiado a la protagonista del libro que está escribiendo actualmente y que se encuentra, precisamente, en el mismo peligro mortal que está tomando forma en su novela...

Para Gary K. Wolfe

*Quería escribir y contarte que yo
y mi espíritu luchábamos esa mañana.
No es algo que sepa todo el mundo,
y no se lo debes contar a nadie.*

EMILY DICKINSON,
carta a Emily Fowler, 1850

*El consuelo de las cosas imaginarias
no es un consuelo imaginario.*

ROGER SCRUTON

Agradecimientos

Le debo mucho a muchos, entre ellos: Emma y Ben Straub, Kathy Kinsner, Joy Andersen, Bill Sheehan, Gary Wolfe (a quien se dedica este libro) y Susan Straub. A Lee Boudreaux, cuya edición brillante y visionaria me ayudó a ver lo que estaba haciendo y cómo hacerlo, le debo una profunda gratitud. Mi deuda con Lila Kalinich, quien en muchos aspectos me salvó la vida, solo puede pagarse en amor, memoria y pensamiento.

PRIMERA PARTE

Willy está enloqueciendo de nuevo / Tim
también

1

A eso de las diez menos cuarto de una mañana de miércoles a principios de un lluvioso septiembre, un novelista llamado Timothy Underhill dejó, más angustiado de lo que estaba dispuesto a admitir, los restos del desayuno y el crucigrama del New York Times y regresó, con mucho retraso, a su ático del número 55 de Grand Street. El hecho de cerrar la puerta a su espalda no sirvió para calmar su atribulado corazón. Soltó el chorreante paraguas en un perchero metálico, llevó al escritorio una taza de café descafeinado recién hecho, se acomodó en una silla de malla flexible erizada de mandos, hizo doble clic en el sobre envuelto en una flecha de Outlook Express y, con la sensación de haber superado finalmente buena parte del problema, abrió en la pantalla la primera tanda de *emails* del día, diez en total. Dos de ellos eran totalmente inexplicables. Como los mensajes parecían provenir de desconocidos (más tarde descubrió que no estaban asociados a dominios concretos), carecían de asunto y sólo constaban de un par de palabras inconexas, los borró enseguida.

En cuanto lo hizo, recordó haberse deshecho de un par de correos parecidos dos días antes. Por un instante, lo que había visto desde la acera delante del Fireside Diner volvió a estallar ante sus ojos, cargado de la misma urgencia y terror.

2

En un repentino rayo de claridad que caía unos treinta kilómetros al noroeste de Grand Street, una mujer llamada Willy Bryce Patrick (que pronto sería Faber) se alejaba en el pequeño y algo sucio Mercedes de la tienda Pathmark situada en el lado norte de Hendersonia, tras haber sucumbido a la compulsión, casi inevitable, de seguir tres kilómetros y medio por delante de las manzanas cada vez más desocupadas de Union Street en vez de volver directamente a casa. Al llegar a un enorme estacionamiento del que estaban saliendo despacio dos coches, miró por el espejo retrovisor y echó una ojeada alrededor antes de entrar. En el suelo negro del estacionamiento brillaban charcos irregulares de agua. Los hombres que esperaban para salir repararon en la mujer con la melena rubia que pasó por su campo de visión al volante de un coche chato y elegante; uno de ellos pensó que se trataba de un adolescente.

Willy siguió avanzando hasta pasar por delante del edificio con aspecto de prisión que dominaba el fondo del estacionamiento. Llevaba los hombros altos y agarrotados, y los brazos tensos como cuerdas. Como toda compulsión seria, la suya parecía tanto una parte necesaria de su carácter como un atributo conferido por alguna deidad indiferente. Willy se metió en un sitio vacío y entonces, instalada en el centro del problema, miró lo que tenía delante: una estructura de ladrillos de aspecto ruinoso, de tres plantas, con anchas puertas metálicas e hileras de ventanas mugrientas escondidas detrás de telarañas de maya metálica. Sabía que, en la parte trasera del edificio, el depósito que conducía a

las zonas de carga sobresalía como un muelle sobre la superficie de un lago. Sobre la fila superior de ventanas, una sucesión de letras sucias rezaba PRODUCTOS DE MICHIGAN.

Aquello, de algún modo, había sido el comienzo de sus dificultades: las palabras PRODUCTOS DE MICHIGAN, no el edificio, que tenía aspecto de almacén de frutas y hortalizas. Dos días antes, mientras conducía distraída, a consecuencia de sus «aturdimientos» o «trances» —en palabras de Mitchell Faber—, Willy se había encontrado allí, en esa desolada parte de Union Street, y las tres palabras en lo alto de la enorme y mugrienta estructura casi se habían desprendido del almacén e incendiado y flotado hacia ella por el aire de color pizarra.

Willy tenía la sensación de que la habían llevado allí, que su «trance» había estado cargado de intención, y que desde el principio había sido *obligada* a encontrar ese edificio.

Se preguntó si a los demás les ocurrirían cosas así. Casi al instante, rechazó una extraña y brusca visión que le pasó por la mente: un adolescente guapo y moreno con un monopatín en una mano, en una calle soleada, ante un edificio de aspecto normal y corriente. Su imaginación siempre estaba lista para actuar, fuera o no oportuna. Aunque algunas veces le hubiera resultado sumamente útil, no perdía de vista que esa facultad también podía volverse en su contra de manera violenta. Claro que sí. Nunca se sabía qué papel estaba cumpliendo hasta que el terror te empezaba a subir por los brazos.

La imagen del adolescente y de la casa vacía acrecentaba el desorden general del universo, y Willy la devolvió a la misteriosa esfera de donde había salido. Porque, después de todo, ¿qué podía *haber* en aquella casa vacía?

3

El recuerdo de los mensajes que había visto el lunes despertó la curiosidad de Tim Underhill, y antes de contestar los pocos correos del día que exigían respuesta, pinchó en Elementos Eliminados, donde parecía haber acumulado más de dos mil mensajes, y buscó los que reunían las mismas características que los que acababa de recibir. Allí estaban, juntos, en el orden en el que los había borrado: Huffy y presten, con la línea del asunto vacía, lo que indicaba una especie de indiferencia al protocolo que no dejaba de ser algo molesta. Pinchó sobre el primer mensaje.

De: Huffy

Para: tunderhill@nyc.rr.com

Fecha: Lunes, 1 de septiembre de 2003, 8:52

Asunto:

re cuerda

Eso, suponía Tim, era diferente de sin cuerda, y sin cuerda era lo opuesto de con cuerda. Miró el segundo.

De: presten

Para: tunderhill@nyc.rr.com

Fecha: Lunes, 1 de septiembre de 2003, 9:01

Asunto:

no ayuna

Inútil, incomprendible, una lata. Huffy y presten habían descubierto cómo ocultar su dirección de correo electrónico. Quizá habían aprendido a hacerlo en el sitio web que se mencionaba en la sobrecubierta de su último libro. Volvió a mirar los dos correos que acababa de eliminar.

De: rudderless

Para: tunderhill@nyc.rr.com

Fecha: Miércoles, 3 de septiembre de 2003, 6:32

Asunto:

no tiempo

y

De: loumay

Para: tunderhill@nyc.rr.com

Fecha: Miércoles, 3 de septiembre de 2003, 6:41

Asunto:

a via

Había, ¿verdad? Todos esos mensajes enigmáticos sonaban como si sus autores estuvieran medio dormidos, o como si alguien —quizá el cliente siguiente en algún cibercafé— les hubiera arrancado las manos del teclado, ya que el segundo grupo de mensajes había llegado sólo unos minutos después del primero.

¿Qué probabilidades había de que cuatro personas suficientemente espabiladas como para borrar el dominio de su dirección de correo decidieran, más o menos al mismo tiempo, enviar incoherencias por la mañana temprano, a la misma persona? ¿Y cuántas menos probabilidades habría de que una de ellas escribiera «no ayuna», con lo que eso pudiera significar, y otra decidiera, sin ponerse de acuerdo

con ella, imitarla poniendo «no tiempo»? Aunque pensaba que tal coincidencia no era posible, le provocaba un cierto desasosiego y la rechazó.

Porque eso dejaba sólo dos opciones, y no sabía cuál era peor. O las cuatro personas que le habían enviado los correos actuaban confabuladas o todos los correos habían sido enviados por la misma persona usando cuatro nombres.

Los nombres Huffy, presten, rudderless, loumay no sugerían ninguna pauta. No le resultaban conocidos. Algo más tarde, Tim recordó que en su pueblo natal, Millhaven, Illinois, un chico llamado Paul Resten habían sido compañero suyo en el equipo de fútbol del Holy Sepulchre. Paulie Resten había sido un pequeño buscalíos de pelo grasiento, con problemas de cleptomanía en las tiendas y propensión a la violencia. Parecía muy poco probable que después de más de cuarenta años de silencio Paulie le enviara un correo de dos palabras.

Tim leyó de nuevo los mensajes, pensó un instante y los cambió de lugar:

re cuerda
a vía
no ayuna
no tiempo

aunque también se podían ordenar así:

re cuerda
a vía
no tiempo
no ayuna

o así:

a via
no tiempo
no ayuna
re cuerda

No era mucho lo que había avanzado. Se le ocurrió que «ayuna» podía ser una errata por «ayuda». «Recuerda, no había tiempo ni ayuda.» Fuera lo que fuese, resultaba bastante deprimente. Deprimente era también la sensación de que cuatro personas hubieran decidido enviarle ese incoherente mensaje. Si Tim quería deprimirse le bastaba con pensar en su hermano Philip, que a poco más de un año del suicidio de su mujer y de la desaparición de su hijo, había anunciado su inminente boda con una tal China Beech, cristiana convertida que había conocido cuando ella acababa de salir de la crisálida de una bailarina exótica. Tim llegó a la conclusión de que prefería pensar en los inexplicables correos.

Tenían el aura rancia, algo formal, de un montaje de Sherlock Holmes. Se oía el débil chirrido de la oxidada maquinaria de un centenar de viejas novelas policíacas tratando de imitar lo que se consideraba la vida. Sin embargo, en el siglo XXI una cosa así había que verla como una posible amenaza. Como mínimo, un pirata informático malintencionado podía haber puesto en peligro su ordenador.

Como el antivirus no encontró ninguna sustancia repugnante oculta dentro de las carpetas y de los archivos, Tim perdió un poco más de tiempo llamando a su gurú informático, Myron Dorot-Rivage. Myron parecía español y hablaba con un acento alemán sorprendentemente musical. Había rescatado de numerosas catástrofes a Tim y a sus vecinos del número 55 de Grand.

Myron lo sorprendió respondiendo al teléfono al segundo tono.

—A ver, Tim —dijo, provisto del infalible identificador de llamadas y de auriculares—, ¿cuál es el problema? Tengo ocupadas al menos las tres próximas semanas, pero quizá podamos resolverlo por teléfono.

—No es exactamente un problema informático.

—¿Me llamas por un problema personal, Tim?

Por un momento, Tim se planteó contarle a su gurú informático lo que le había ocurrido esa mañana en West Broadway. Myron no mostraría ninguna sensibilidad ante un problema relacionado con un fantasma.

—He recibido correos extraños —dijo, y describió los cuatro mensajes—. El antivirus no encontró nada, pero sigo un poco preocupado.

—Si no abres un adjunto, lo más probable es que no pilles ningún virus. ¿Te preocupa que sean anónimos?

—Sí, claro. ¿Cómo lo hacen para que no aparezca su dirección? ¿Es legal?

—Legal al pie de la letra. Yo podría hacerte algo parecido si estuvieras dispuesto a pagarme. Pero lo que no puedo hacer es rastrear el origen de un correo. Después de todo, esas personas pagan por algún motivo.

Myron aspiró hondo y Tim oyó un estruendo de metal chocando contra metal. Era como hablar con un obstetra que estuviera atendiendo un parto.

Después de colgar, Tim notó que habían llegado tres nuevos correos desde la última vez que había mirado el buzón. El primero, Tremenda Semana de Sexo Oral, ofrecía sin duda siete días de acceso gratuito a un sitio porno; el segundo, 300.000 Clientes, casi con seguridad llevaba a una base de datos de correo electrónico; el tercero, nayrm, le produjo un estremecimiento en los antebrazos. Sexo y Clientes desaparecieron intactos en el vertedero de correo eliminado. Al hacer clic sobre nayrm se confirmó su temor: el mensaje había llegado con la línea del asunto vacía y sin una dirección electrónica identificable. Lo habían enviado a las 10:58 y constaba de tres palabras:

dura muerte dura